

TORRES DE COLÓN, LA PROTECCIÓN INCONSCIENTE

EL EJE

Aprovechando la vaguada por la que discurrían las aguas de la llamada Fuente Castellana, situada en lo que hoy es la plaza de Emilio Castelar, que daba origen a una serie de prados y huertas y conformaba el límite oriental de la ciudad, Carlos III como consecuencia del abandono del palacio del Buen Retiro, decide convertir los prados próximos a Atocha en un Salón Urbano de carácter lúdico y cultural a partir de la creación del Real Gabinete de Ciencias (hoy museo del Prado) y su complementario Jardín Botánico. Este Salón del Prado se continuó hacia el norte con otro equivalente que toma su nombre del monasterio de los Agustinos Recoletos en cuyos prados y huertas se ubica.

Hasta mediados del siglo XIX el remate norte del Prado de Recoletos coincidía con la Cerca de Felipe IV y finalizaba en una de las puertas de la misma, la Puerta de Recoletos, sustituta de un antiguo portillo.

Con el tiempo se fueron configurando los tramos del eje hacia el norte de una manera semejante a los salones del Prado y de Recoletos, primero el Paseo Nuevo de las Delicias de la Princesa (Hoy Paseo de la Castellana) y sucesivamente otros que con diferentes denominaciones han pervivido hasta ahora. Durante el siglo XIX y principios del siglo XX en ellos se fueron ubicando palacios y palacetes de representación de la nueva clase pudiente generada a partir de la llamada Revolución Industrial.

A mediados del siglo XX y como consecuencia de la nueva economía surgida a partir de la Segunda Guerra Mundial, lo que en el siglo XIX eran signos del poder económico de unas familias que se habían aprovechado de la situación económica y política, ahora se transmutaba en la muestra del crecimiento económico empresarial a través de compañías que requerían este eje para mostrar sus nuevas sedes o edificaciones que permitiesen mostrar la pujanza económica al alojar en ellas compañías punteras.

De esa manera se fueron estableciendo a lo largo del eje de Recoletos y La Castellana y aún más al norte nuevas sedes de compañías que en un primer impulso y con la permisividad de la Administración fueron sustituyendo los antiguos palacios, palacetes y hoteles por edificios con mucha mayor presencia.

LA PLAZA

Derribada la Puerta de Recoletos en 1863 y la cuarta cerca o de Felipe IV en 1868 durante la Septembrina para permitir el desarrollo del nuevo Ensanche aprobado en 1860, no había ya impedimentos para configurar definitivamente este nuevo elemento urbano a semejanza de los situados más al sur.

En este lugar llamado a ser un punto neurálgico del cordón castellano se construye la Real Casa de la Moneda de España (Francisco Jareño 1856 -1861), el palacio del duque de Uceda /

Medinaceli (Construido en 1864 y restaurado por Álvarez Capra en 1893), el edificio Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales (Francisco Jareño 1886-1892) en el lugar ocupado hasta entonces por el monasterio de los Agustinos Recoletos y se realiza la configuración formal de lo que será la nueva plaza.

Con motivo de la boda de Alfonso XII y María de la Mercedes de Orleans en 1877 y siguiendo el ejemplo de las demás plazas, para la configuración de esta se contó con un monumento central dedicado a Cristobal Colón (Arturo Mérida/ Jerónimo Suñol 1881-1885).

Con el devenir del tiempo y la ligereza de los responsables municipales en 1964 se derriba en palacio de Uceda / Medinaceli y en su lugar se construye el llamado Centro Colón (Antonio Perpiñá Sebría, 1969) que a su vez pierde más tarde el cuerpo bajo con fachada de piezas de aluminio (antiguo Barclay's) para ser sustituido por otro equivalente de retícula acristalada (Norman Foster, 2020) y desaparece la Real Casa de la Moneda de España convertida en los jardines del Descubrimiento (1970) con un monumento alegórico al descubrimiento de América por Cristóbal Colon (Joaquín Vaquero Turcios, 1970). Se conserva el Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales con modificaciones y se realizan las Torres de Jerez.

LAS TORRES

Las Torres de Jerez, luego Torres de Colón (Antonio Lamela, 23 plantas, 110m (1976) se construyen en el solar que ocupaban los edificios gemelos del arquitecto Lorenzo Álvarez Capra donde habitó Benito Pérez Galdós (Paseo de la Castellana 2, 3º Izq. 1877-1892). Estas casas de 5 plantas y buena factura eran las únicas construcciones que se adaptaban al trazado curvo de la plaza.

Se trata de dos torres gemelas realizadas mediante un sistema constructivo que se plantea apoyando los forjados en un núcleo central de hormigón y en una estructura pretensada perimetral que cuelga de una plataforma superior soportada por el núcleo central.

La gran carga formal de la estructura sobre el resto de la construcción debería obligar al proyectista a combinar los componentes de forma que se acuerdan entre sí para producir una imagen que transmita al exterior el beneficio del acuerdo.

No ocurre esto en las Torres de Colón donde la estructura es la única protagonista y la forma es únicamente consecuencia de ella, no parece que en ellas se haya llegado a ningún acuerdo.

Pero eso es solo el principio de la historia.

¿Por qué? ¿Por qué las torres no tienen una forma propia? ¿De dónde surge la que presentan?

Cuentan las crónicas de su construcción que Antonio Lamela buscaba una forma de hacer levitar las torres sobre el suelo. No es exclusiva su idea para estos edificios, por el mundo hay unos cuantos que intentan llegar al suelo, porque al suelo se llega seguro, de la forma más disimulada posible. Antonio Lamela expuso reiteradas veces su interés por una planta vacía, inexistente, que permitiera la separación de las torres del suelo y lograr en anhelado e inexplicable deseo el edificio volante. Desgraciadamente estas torres no se separan

aparentemente del suelo sino de las plantas bajas que sí se apoyan ostensiblemente en él y coadyuvan a minimizar el efecto aéreo buscado.

Para conseguir esta especie de sueño imposible se acude a una estructura absurda. Se elige esta estructura por el hecho de ser terriblemente compleja y por consiguiente escasa en el universo de las estructuras edificatorias. No parece haber otra razón.

Una vez desarrollado el sistema estructural de sube y baja en el que las cargas más próximas al suelo tienen que recorrer el doble de distancia que las superiores para llegar a él a través de una plataforma brutal en cabeza y un sistema de tirantes pretensados de hormigón y acero que se hacen trabajar a compresión y losas de pisos apoyadas en los núcleos centrales y en los tirantes-columnas, solo faltaba dar una imagen a la construcción.

Pero esa imagen no podía dejar de lado un sistema estructural tan costoso y tan complejo, este debía ser omnipresente, era el gran protagonista y nada podía distraer su imagen aparente. Como consecuencia surgen unas fachadas anodinas que se limitan a convertir el conjunto de plataformas en una serie de espacios cerrados por un sistema símil-muro-cortina con cristales tintados que además de tratar de minimizar el calor del sol en el interior, viejo caballo de batalla de las fachadas acristaladas, han de servir para que destaquen los niveos tirantes de hormigón con alma de acero.

La losa superior, pieza fundamental de la estructura, la que permite a las cargas cambiar abruptamente de sentido, debe de quedar aparente, y quedan. Quedan durante algún tiempo, el suficiente para darse cuenta que a los edificios les falta una imagen propia, algo que no sea únicamente estructura habitada, algo que las convierta en arquitectura. Así 15 años después de su finalización se decide buscar una imagen sin perder la apariencia íntegra del sistema estructural. Aparece lo que se dio en llamar 'el enchufe' un sombrero absurdo, completamente descontextualizado que resulta inexplicable pero que oculta el germen del futuro de esta inversión inmobiliaria.

'El enchufe' se realiza aprovechando una necesidad normativa por la que ambas torres han de tener escaleras de evacuación complementarias. En vez de colocar una en cada torre, abundando en su independencia constructiva, se las provee de una común colocada entre los dos edificios, con lo que se produce la unicidad funcional de ambos, no la aparente que se cuida mucho de evitar para seguir dando la idea de dos edificaciones independientes.

Los edificios ya unificados, muestran una apariencia completamente incomprensible, el Ayuntamiento increíblemente la admite y en este estado inexplicable en el que pervive la idea de mostrar la estructura aparente pero con sombrero verde se mantiene durante 30 años más.

Con el tiempo el edificio es adquirido por la una compañía que promueve su 'restauración' para hacerla más rentable, unos toques necesarios para que el edificio no solo mantenga si no que aumente su valor de mercado.

Esta vez no se llama al autor, que fallece poco después, ni se acude a la misma oficina del proyecto que se mantiene operativa. Se decide contratar a otra independiente y ajena a la idea original para que no exista ningún vínculo a la hora de actuar sobre él.

Así, todo el sistema que había justificado la apariencia de las torres y que en una campaña para promover su conservación se había vuelto a refrescar para no caer en el olvido del tiempo, se subvierte, se deja de lado y se propone montar directamente sobre los núcleos centrales de ambas torres dos cuerpos de edificación de unas cuantas plantas, negando así los mismos valores que con tanto fervor y tan enfáticamente se habían defendido para la estructura colgada.

Como remate del dislate estos dos cuerpos aparentemente independientes están unidos por lo que comenzó siendo una única escalera de evacuación y la superficie de todas las plantas acaba unificada. En el cómputo superficial se argumenta que no hay aumento, pero eso es otro problema.

Como gran broma final de esta desgraciada historia este edificio que nació dando traspies y que acaba subvirtiendo sus orígenes se propone como ejemplo para las generaciones venideras mediante una Catalogación oficial.

De acuerdo, un vestigio para tener presente los peligros de una catalogación errónea y no seguir su ejemplo.

Jaime Nadal

28.06.2020